Quijano el malo

Por el año de 1801 nació en la ciudad de Cartago un hombre que debía ser una encarnación de la maldad. Su padre, don Francisco Javier Quijano, era nicaragüense y su madre, doña Inés García, cartaginesa. Lo bautizaron con el nombre de Manuel y desde temprano reveló su índole aviesa. Adolescente aún huyó de la casa paterna y se fué para la provincia de Nicaragua, embarcándose allí como marinero con destino al puerto de Acapulco, desde el cual se trasladó a la ciudad de México y luego a Veracruz, donde lo tomaron en una recluta para tripular una fragata de guerra que lo condujo a Cádiz en 1819.

Encontrándose sin oficio ni beneficio, sentó plaza en el Cuerpo de Artillería Volante de Cartagena y estuvo algún tiempo en esta ciudad y en el depósito de la isla de León; pero no estaba escrito que se quedase en la madre patria. El cuerpo en que prestaba servicio fué destinado al ejército de Buenos Aires y se le restaron cincuenta hombres para enviarlos a la Nueva España, entre los cuales salió sorteado Quijano, quien era ya cabo 2º de la 1ª compañía. Con todo, ni éste volvió a México ni sus camaradas fueron a Buenos Aires. Con motivo del pronunciamiento de Riego el 1º de enero de 1820, se resolvió enviar la Artillería Volante de Cartagena a La Habana, de donde fué trasladado a Panamá. Allí desertó Manuel Quijano a fines de febrero de 1821 y se vino por tierra a Costa Rica, presentándose en marzo al gobernador don Juan Manuel de Cañas, ante el cual alegó estar comprendido en el real indulto del 19 de julio de 1820; pero fué sometido a juicio y el capitán general de Guatemala, consultado sobre el caso, mandó que lo remitieran a Panamá. Antes de que esto se hiciese, fué proclamada la Independencia, salvándose así el afortunado desertor del severo castigo que le aguardaba.

En 1822 Quijano contrajo matrimonio en Cartago con doña Petronila de Bonilla y Alvarado, dama de aristocrática familia que tuvo la mala fortuna de enamorarse de él, y el año de 1823 tomó parte muy activa en la revolución imperialista del 29 de marzo, mandando la artillería de los facciosos en la jornada de Ochomogo. A consecuencia de la victoria de los republicanos emigró Quijano a Guatemala, alistándose allí en el ejército federal. Protegido por el Presidente de la República don Manuel José de Arce, ascendió rápidamente a capitán efectivo de artillería. Peleó en las guerras intestinas de 1826 a 1829, y en este último año se le impuso la pena de destierro, en virtud del decreto por el cual fueron expatriados el ex-Presidente Arce y muchos otros funcionarios civiles y militares del primer gobierno federal. Quijano se fué para México, donde se pierden sus huellas hasta fines de 1831 en que tomó parte en la invasión de Soconusco acaudillada por Arce, regresando con éste a la República vecina, después de la derrota de la expedición por el coronel Raoul el 24 de febrero de 1832.

Cumplido el término de su condena, se le permitió a Quijano volver a Guatemala, lo que hizo a principios de 1835, y de allí se vino a Costa Rica en abril. Compadecidos de la miseria en que se encontraba, algunos amigos del Lic.

don Braulio Carrillo, Jefe del Estado, consiguieron que éste lo emplease en el ejército como capitán de artillería, "contra la opinión de la gente sensata, particularmente de la ciudad de San José", según reza un documento de 1836. En otro del mismo año se lee la filiación de Quijano: "Estatura regular, cuérpo delgado, color trigueño, barba cerrada, pelo crespo, ojos negros, nariz afilada, edad como de cuarenta años."

Al principio se pudo creer que no habían tenido razón los que opinaron contra el empleo de Quijano en el ejército del Estado, al ver que éste servía puntualmente y con notoria competencia, mostrándose además muy agradecido por el favor que se le había hecho; pero esto era pura hipocresía, y no pasó mucho tiempo sin que se manifestasen sus verdaderos sentimientos. Al estallar la contienda política de septiembre de 1835, concibió el plan de aprovechar esta coyuntura para surgir y medrar, traicionando a sus benefactores. Como cartaginés odiaba a los josefinos y quería vengar la derrota de Ochomogo. Por otra parte era conservador acérrimo y hasta monárquico en secreto, según se infiere del hecho de haber puesto a los artilleros de su mando una divisa con los colores de España, que Carrillo le ordenó quitarles. Después de haber sido descubierto su conato de traición, se averiguó que desde el principio de la contienda estuvo en inteligencia con los facciosos. Hizo que un sargento del cuartel de Cartago inutilizase las llaves de los fusiles que allí había, a fin de exaltar los ánimos contra Carrillo, y en vísperas del pronunciamiento de esa ciudad, trató de sublevar a la tropa josefina, por medio de dos individuos que obedecían a sus instigaciones. El 24 de octubre, cuando se entrevistaron en Tibás don Juan Mora Fernández, en representación del gobierno, y don Nicolás Ulloa, dictador de la liga facciosa, para procurar la paz, ofreció a don Rafael Moya, compañero de Ulloa, entregar a los rebeldes la plaza de San José.

Extraño resulta que tales maquinaciones no fueran oportunamente descubiertas; pero es lo cierto que ni Carrillo ni sus amigos las sospecharon, sin duda porque Quijano, a la vez que las realizaba, combatía en las filas del gobierno como muy valiente y experto militar, distinguiéndose mucho en los combates del 14 y del 28 de octubre en que fueron vencidos los facciosos; y aunque algunos lo acusaron de haber sugerido al comandante don Pedro Avellán que ordenase el saqueo de varias casas de Cartago y aun de haber robado en ellas, no fué delatado por estos hechos a Carrillo, quien de seguro lo habría castigado severamente, como lo hizo con Avellán.

Obtenida la victoria, Quijano fué premiado con el ascenso a sargento mayor y la comandancia interina de Alajuela; además varios carrillistas le obsequiaron dinero y el gobierno le dió un solar valioso en San José para que edificase una casa. En seguida se le nombró comandante del Cuerpo de Artillería y sargento mayor de la Legión de Honor de Carabineros. No le faltaban, por lo tanto, motivos de gratitud; pero Quijano era un amoral, un perverso que se complacía en hacer el mal. Traicionar a quien así le colmaba de honores y beneficios era su pensamiento fijo. Se apresuró a reanudar sus relaciones secretas con los cartagineses, ofreciendo entregarles el depósito de armas y municiones de la capital, para lo que fué señalada la noche del 24 de diciembre de 1835.

Descubierta la trama a última hora, Quijano fué arrestado y sometido a un consejo de guerra, que en vez de enviarlo al patíbulo con arreglo a las leyes militares, solamente lo condenó a degradación y destierro del Estado. La indulgencia de Carrillo con el ingrato y felón la reconoce hasta uno de sus mayores enemigos, el historiador Montúfar, cuando dice que esta sentencia fué un "acto de verdadera lenidad". Pudo haber añadido que si bien la clemencia es siempre una virtud digna de alabanza, en este caso estuvo mal empleada. Así permite pensarlo lo que ese mismo historiador dice acerca de los crímenes posteriormente cometidos por Quijano, cuyos principales cómplices en su tentativa de traición de la Nochebuena de 1835 fueron los cartagineses don Pedro Mayorga y su mujer doña Anacleta Arnesto, Félix Chavarría y Vicente Calderón, a quienes se impuso la pena de cuatro años de destierro, menos a doña Anacleta, quien fué tan ardiente partidaria de Morazán en 1842.

Quijano se fué para Nicaragua sin que nadie lo custodiase. A su paso por Heredia declaró al presbítero don Joaquín Carrillo, hermano de don Braulio, que pronto volvería para vengarse y lo mismo dijo en otros lugares del camino. ¿Para vengarse de qué? ¿de la magnanimidad del gobernante a quien había querido pagar los bienes que le hizo con una negra traición? Desde Nicaragua escribió una carta insolente al ministro general don Anselmo Sancho, su padrino de boda y protector, que contenía la misma amenaza. Publicó además unas hojas volantes llenas de injurias contra Carrillo, en las que acusaba falsamente a don Nicolás Ulloa y a don José Angel Soto de haber vendido a sus compañeros de la rebelión de la Liga mediante un pacto secreto con el gobierno. Se reunió en Masaya con los proscritos costarricenses que allí estaban, a fin de fraguar un plan de invasión, para lo cual pidieron al coronel Zepeda, jefe del Estado, que les diese su apoyo. Este les ofreció 500 hombres, armas y pertrechos, a condición de que el departamento de Guanacaste se reincorporase a Nicaragua, y que, en todo caso no les pondría ningún obstáculo en lo de sacar del Estado los hombres y las armas que pudieran conseguir.

Los emigrados costarricenses, a pesar de su inquina contra Carrillo, no aceptaron la deshonrosa condición puesta por Zepeda. Con los escasos medios de que disponían y la tolerancia de las autoridades nicaragüenses, reunieron en la frontera un puñado de montoneros con los que el temerario Quijano invadió el departamento del Guanacaste en junio de 1836, atacando el 29 la villa de este mismo nombre, confiado en la ayuda que habían ofrecido dar los partidarios de la reincorporación a Nicaragua; pero al ver éstos la pequeñez de la fuerza invasora, comprendieron que tan sólo se trataba de una aventura descabellada y optaron por oponerse a ella, cuando ya habían dado pasos para secundarla. Rechazado Quijano, atacó por segunda vez la capital del departamento el 8 de julio, pero con tan mala suerte como la primera, y durante cerca de un mes estuvo recorriendo a caballo con actividad pasmosa el departamento, para saquear las haciendas de ganado y los pueblos, tarea en que desplegó la maestría de un avezado capitán de bandoleros, hasta que pudo llegar a Guanacaste la avanzada de las fuerzas enviadas por Carrillo, que le obligó a repasar la frontera a galope tendido y sin equipaje.

No obstante sus antecedentes tan poco recomendables, el gobierno de Nicaragua empleó a Quijano en su ejército con el grado de teniente coronel, marchando éste en febrero de 1839 con las tropas del general Bernardo Méndez contra el Estado del Salvador, que fué invadido por el departamento de San Miguel. Quijano se situó con la fuerza que mandaba en Cojutepeque; pero dejándose engañar por un ardid del coronel Benítez, se trasladó a un punto llamado las Lomas, donde fué completamente derrotado por el mismo Benítez y estuvo a punto de caer prisionero. Combatió después contra Morazán en la batalla del Espíritu Santo, ganada por este general el 6 de abril de 1839. Mejor suerte tuvo Quijano el 31 de enero de 1840 en que obtuvo una victoria en El Potrero sobre la fuerza salvadoreña del general don Trinidad Cabañas. Se le recompensó nombrándole administrador del puerto de San Juan del Norte y ejercía este cargo cuando allí arribó el 12 de agosto de 1841 la fragata de guerra británica *Tweed*, en la que viajaban Mr. Alexander MacDonald, superintendente de la colonia de Belice, y el llamado *rey* de la Mosquitia, con el objeto de notificar a la autoridad nicaragüense, en nombre del gobierno de su Majestad Victoria I, que las reclamaciones territoriales de aquel soberano de sainete tenían el apoyo de la Gran Bretaña. Quijano protestó contra semejante atropello de los legítimos y seculares derechos de Nicaragua sobre San Juan del Norte; pero en forma tan insolente que MacDonald lo hizo apresar y conducir a bordo de la fragata, donde lo aherrojaron en la bodega. No satisfecho con esto, ordenó que le rapasen los bigotes y las barbas, acto que censura con sobrada justicia el escritor británico que lo refiere y que Quijano calla en su informe al gobierno nicaragüense, fechado en Granada el 31 de octubre de 1841.

Según parece, la intención de MacDonald era desembarcar a su prisionero en Moín, puerto costarricense que el *rey* de la Mosquitia reclamaba también como de su pertenencia; pero las corrientes contrarias le impidieron a la *Tweed* arribar allí, circunstancia que le salvó la vida a Quijano, porque de acuerdo con las órdenes impartidas por Carrillo desde 1836, habría sido inmediatamente pasado por las armas. Después de aportar en Bocas del Toro y la isla de San Andrés, donde MacDonald hizo a las autoridades neogranadinas la misma notificación que al administrador de San Juan del Norte, la fragata se dirigió al Cabo de Gracias a Dios y allí fué desembarcado Quijano.

Tres años más tarde, a fines de 1844, el general Francisco Malespín, jefe del Estado del Salvador, invadió con su ejército a Nicaragua, y Quijano, siempre traidor, se pasó a sus filas en Zacota. En enero de 1845 se distinguió por su arrojo temerario en la toma de la plaza de León, lo que le valió el grado de general de división, y el 14 de agosto del mismo año, derrotó en Monterredondo a la división salvadoreña de don Indalecio Cordero, el mismo que sirvió en Costa Rica a las órdenes de Morazán en 1842; pero más que por su valor y pericia militar, se hizo célebre Quijano en Centro América por sus crímenes y singular ferocidad. Montúfar dice de él que era un malvado, un famoso asesino, el jefe militar más execrable del partido conservador, que no respetaba ni los hospitales ni los cementerios. Don Rafael Heliodoro Valle, el distinguido escritor hondureño, lo califica de "bandolerón."

Después de nueve años de destierro, creyó Quijano que los enemigos de Carrillo, que a la sazón gobernaban en Costa Rica, le permitirían regresar al país, y en febrero de 1845 dirigió desde León de Nicaragua una nota al gobierno de don José María Alfaro, en la que a vueltas de hacer alarde de sus hazañas militares, manifestaba que encontrándose ya cansado de guerrear, enfermo y viejo, deseaba retirarse a vivir como un simple ciudadano en un lugar seguro, libre y religioso, como era su verdadera patria, la envidiable Costa Rica, en compañía de su amada esposa y demás familia, para lo cual solicitaba el beneplácito del gobernante. El ministro general le contestó a vuelta de correo que si bien le era grata al Jefe del Estado su resolución de trasladarse a Costa Rica para disfrutar de "la tranquilidad a que conduce la vida privada", no le era posible extenderle el necesario salvoconducto sin consultar previamente a las cámaras legislativas. Bien se comprende que esto sólo era un efugio para negarle a Quijano la entrada al país, por el temor que a todos inspiraba su mucha maldad. De suerte que nunca consiguió Quijano volver a pisar el suelo natal. Si esto fué para él un castigo, bien merecido lo tuvo.

No me ha sido posible averiguar lo que fué de la vida de Manuel Quijano posteriormente al año de 1845. Lo más probable es que terminara sus días en Nicaragua, y por consiguiente, los historiógrafos de este país son los llamados a completar los datos biográficos que hasta ahora se han podido encontrar de este hombre, uno de los más abominables que hubo en Centro América durante la época más aciaga y sangrienta de su historia.

R. Fernández Guardia

Efemérides de historia

(Escritas en 1901 por Alfonso Jiménez R.)

15 de agosto de 1888. Costa Rica.

Celébrase la última memorable reunión de los miembros de la Universidad Nacional en el salón del histórico edificio de la misma, en vísperas de realizarse el proyecto del Presidente de la República, señor Lic. don Bernardo Soto, de su Ministro, señor Licdo. don Mauro Fernández, de su "Congreso" y de su círculo, contra la vida de la institución. A este círculo pertenecían varios miembros de la Directiva, entre ellos, el señor Lic. don Ricardo Jiménez, quien fungía como Rector.

El acto revistió solemnidad inusitada, la solemnidad de una muerte gloriosa. Los miembros que concurrieron, como en número de cuarenta, tenían conciencia de la importancia del suceso y dieron raro ejemplo de valor cívico.

Presidió la sesión el señor Lic. don Félix Arcadio Montero, a cuyo nombre, que es la personificación de la que fué voluntad acerada puesta siempre al servicio de los ideales generosos y nobles, quedó unido el de la Universidad de Costa Rica, de tal modo que no se puede hablar de ésta sin evocar la memoria de su ilustre paladín. ¿Qué mejor monumento podrá llegar a tener el señor Montero?